



EDITORIAL

**TEILHARD DE CHARDIN,
A LOS CINCUENTA AÑOS
DE SU MUERTE (1955-2005)**

EN el año 1955, durante su estancia con los jesuitas de *Park Avenue*, fallecía en Nueva York Pierre Teilhard de Chardin, en el último acto de una biografía marcada por los signos inequívocos de la vida de los grandes intelectuales. Fue su biografía, ante todo, la de un científico, tal como nos hace entender el artículo de Leandro Sequeiros. Pero Teilhard fue mucho más: inserto en la larga tradición de la cultura cristiana, se vio profundamente afectado por la fascinante cosmovisión de la ciencia. Vivió así la tensión creativa provocada por el impacto confluyente de tradición cristiana y modernidad científica. Su obra es hoy un ejemplo relevante del diálogo entre ciencia y religión, como explica el artículo de Agustín Udías. Pero el puente entre ciencia y pensamiento cristiano exigía ir más allá de la ciencia, construyendo una sugerente, y todavía hoy en gran parte aceptable, biofilosofía teilhardiana, discutida en el artículo de Ignacio Núñez de Castro.

En el cincuentenario de su muerte la obra de Teilhard se ve hoy desde una perspectiva histórica más amplia y matizada. Los años cincuenta y sesenta, algo los setenta, son la cumbre del gran impacto de la propuesta intelectual de Teilhard. Después se entró en un tiempo de pérdida creciente de interés por su obra. Pero la celebración del cincuentenario ha sido ocasión para un cierto *revival* matizado. Desde esta *atención respetuosa* ante un gran intelectual proponemos alguna consideración valorativa.

Para Pierre Teilhard de Chardin el cristianismo no podía ya ser explicado en los términos de una filosofía superada. Por ello, afrontó el reto de construir su repensamiento global a partir de la imagen científica del mundo, unitario y en evolución. La cultura cristiana no estaba todavía preparada para asimilar

su propuesta. Su muerte en el exilio americano nos lo muestra. Sin embargo, Teilhard es un profeta inspirado para afrontar una tarea histórica todavía por concluir.

Pero Teilhard es uno de esos grandes creadores intelectuales que nos enriquecen de forma extraordinaria. Teilhard fue científico, pero también filósofo, teólogo, poeta y literato, un esteta, un sociólogo y un visionario filósofo de la historia que vislumbró para la humanidad un futuro de socialización y convergencia final. Su sorprendente obra intelectual le coloca en la lista escogida de los genios y creadores al servicio apasionado del hombre.

Su biofilosofía, en efecto, le colocó por encima de su tiempo, y no sólo en la filosofía, sino también en la ciencia (entonces dominada por el positivismo). Su estudio del fenómeno humano desde la paleontología hasta la ley de complejidad-conciencia, anticipando el emergentismo, nos acercó a una visión monista de la evolución, como verdadero himno religioso a la unidad y poder creador de la materia y del universo.

Teilhard entendió en términos religiosos el Punto Omega, referido a una trascendencia religiosa y cristiana, estadio final del proceso de convergencia unitaria de la humanidad. Sin embargo, su visión teocéntrica y religiocéntrica, quizá un tanto sesgada, es históricamente explicable por el influjo de la filosofía-teología progresista de su tiempo, conectada con el blondelismo, con Bergson, con Rousselot, Duméry y Maréchal. De hecho, la interpretación de la hominización hecha por Karl Rahner unos años después muestra la asimilación del teocentrismo teilhardiano por el neotomismo transcendental. No obstante, avanzado ya el siglo xx, para la sensibilidad moderna, el proceso de convergencia final de la humanidad no puede olvidar a quienes libremente lo enmarcan en una visión no religiosa, mundana, secular o sin Dios. El horizonte de progreso de la humanidad no nos aparece así hoy un proceso unitario, necesitante y religioso, sino más bien un horizonte final diferenciado, desde la subjetividad humana, por el ejercicio legítimo de la libertad ante un universo en último término enigmático.

La visión que hoy suele tenerse de Teilhard, desde diversas perspectivas, no es ya puramente entusiasta, como para algunos fue en los años sesenta. Es una valoración crítica y matizada. Pero sigue impresionando la enorme fuerza intelectual, poética y profética de su cosmovisión. Y si el cristianismo llegara un día a esa deseable teología de la ciencia, que cuenta con Teilhard como profeta, no debería desdeñar, releyéndola y reinterpretándola, la enorme fuerza creadora, incluso visionaria y utópica, sin duda contenida genialmente en su pensamiento.